

UN CUENTO DEL MAR

Érase una vez un niño que tuvo la suerte de conseguir un barco para él solo. Era un velero enorme; pero el niño era experto en cosas de vela y lo podía manejar sin ayuda.

Durante algunos años, navegó de isla en isla. Pero un día el tiempo empezó a empeorar. El cielo se llenó de nubes y el viento comenzó a soplar con tanta fuerza que las velas quedaron hechas jirones. El niño se dio cuenta enseguida de que aquella tormenta estaba dirigida contra él por algún enemigo que sabía magia negra; por eso bajó al camarote, cerró la puerta y esperó a ver qué pasaba.

-¡Ja, ja! ¡No pienses que estás solo! -dijo una voz perversa y cruel a sus espaldas.

El niño se volvió asustado y vio a un loro en la librería del camarote.

-¡Oh, Dios mío! -dijo el niño-. ¡Qué susto me has dado! Pensé que eras la bruja que ha causado la tormenta.

El loro ladeó la cabeza y se rascó la oreja con la pata, lanzando de nuevo una larga y perversa carcajada. Entonces, para sorpresa suya, el niño vio que el loro comenzaba a transformarse. Sus alas se convirtieron en brazos largos y escuálidos; su pico, en una gran nariz aguileña; y sus brillantes plumas, en harapos chillones y andrajosos.

Cuando el niño vio que se trataba de una bruja, comenzó a avanzar poco a poco hacia la estufa del camarote, donde guardaba su badila¹ mágica. Pero la bruja le dijo:

-Sé lo que estás buscando. ¡Tu badila mágica! ¡Ja, ja! La he puesto en un lugar seguro, donde tú no la encontrarás, jovencito.

-Eso es lo que tú te crees -dijo una voz enérgica desde las escaleras del camarote. Y para sorpresa de ambos, la badila apareció y arremetió contra la bruja.

-¡Bien! -decía el niño complacido-. ¡Dale duro! ¡Échala fuera!

La pequeña y simpática badila persiguió a la bruja hasta cubierta. Una vez allí, la bruja saltó al mar por la borda, pensando en que flotaría y podría ponerse

a salvo. Pero no contaba con que la badila mágica había realizado un cambio maravilloso: había transformado el mar en dragones, que, tan pronto como vieron a la bruja, abrieron sus blancas y espumeantes mandíbulas y se la tragaron. Luego, los dragones comenzaron a alejarse en diferentes direcciones y el barco fue descendiendo, hasta que quedó sobre el arenoso fondo de lo que había sido el mar.

El niño estaba muy emocionado al ver las maravillas del fondo del mar. Entre ellas, vio los restos de un viejo galeón español cubierto de algas y percebes. Enseguida descendió por un costado de su barco y corrió por la arena a explorar el buque naufragado. Estaba lleno de cofres de oro y alhajas.

El niño cogió algunos cofres y los almacenó en la bodega de su velero. Pero una vez hecho esto, comenzó a preocuparse. ¿Cómo saldría de allí? ¿Cómo iba a navegar si no había mar por donde hacerlo?

Volvió al galeón y continuó explorando; entonces encontró un extraño martillo con una inscripción mágica:

Cuando las aguas desaparezcan, da tres martillazos en el fondo.

El niño cogió el martillo y golpeó la roca. De repente, el agua comenzó a brotar del suelo a borbotones, como si todas las tuberías de la Tierra hubieran estallado. No había tiempo que perder, así que corrió hacia su barco, y antes de que el agua le llegara hasta la barbilla, consiguió subir a bordo.

Mientras tanto, el agua rugía, se arremolinaba y subía más y más deprisa. Al poco rato, el niño notó que su barco comenzaba a bambolearse, se elevaba y quedaba flotando.

Cuando el barco estuvo flotando de nuevo, el niño colocó las velas de repuesto y puso rumbo hacia las playas de su tierra natal; allí desembarcó finalmente con todas las alhajas y el oro que había sacado del galeón español.

RICHARD HUGHES *El perro prodigio*
(Adaptación)

¹ **BADILA:** paleta de metal para recoger brasas y ceniza de chimeneas o braseros.

EL ALUD DE TIERRA

Había una vez ocho topos que vivían en un prado entre montañas. Habían horadado todo el prado con sus túneles y cada par de metros se elevaba una topera. Revolver y cavar la tierra por todas partes significaba todo para ellos. ¡Y eran verdaderos maestros en hacer cuevas!



Cada topo poseía una parte determinada del prado y había construido una artística y confortable cueva-vivienda. Todos llevaban una vida placentera y hermosa, hasta aquel día de primavera en que la gran desgracia cayó sobre ellos.

Era la época del deshielo. El cálido sol había derretido ya la nieve del valle y convertía en agua la nieve de las montañas. El agua se filtraba en la tierra y dejaba el suelo mullido y lodoso. Los ocho topos se habían recogido en sus cuevas más profundas, donde la tierra aún estaba seca.

Cuando el topo Benni despertó, sintió una extraña inquietud que no podía explicarse.

«Ay», pensó Benni. «Seguro que hoy es uno de esos días en los que todo sale mal y es mejor quedarse en la cama.»

Benni salió malhumorado de su dormitorio y se deslizó hasta donde vivía su vecino Jeppe.

-¡Un saludo, Jeppe! -dijo Benni-. Esta mañana no me encuentro nada bien. Creo que tengo dolor de cabeza o un resfriado o algo parecido.

-Qué extraño -repuso Jeppe-. A mí me ocurre exactamente lo mismo. Me siento muy intranquilo, como si algo malo fuera a ocurrir.

A continuación llegaron los demás topos.

-¡Hola! -dijeron-. ¿Os sentís tan mal como nosotros?

Estuvieron intentando averiguar la causa de su malestar, pero no tuvieron éxito. De cualquier forma, estando todos juntos se sentían mejor.

Al llegar el mediodía, se oyeron durante unos segundos unas inquietantes y sordas vibraciones. Luego, todo volvió a quedar en silencio.

-¿Habéis oído eso? -exclamó Jeppe.

Los topos se habían quedado paralizados, mirando con los ojos muy abiertos hacia el techo de la cueva. De repente, O la f pegó un salto.

-¡Salgamos de aquí! -exclamó-. ¡Ya sé lo que pasa! ¡Tenemos que salir inmediatamente a la superficie! ¡Apresuraos antes de que sea demasiado tarde!

Dicho esto, se deslizó por la galería que conducía hacia la superficie y los demás topos le siguieron rápidamente. Cuando salieron al exterior, quedaron durante un momento cegados por el claro sol.

-¡Vamos, seguidme! -exclamó Olaf-. ¡No os quedéis parados! ¡Corred todo lo que podáis!

Los topos corrieron por el prado. Olaf los condujo a una roca cubierta de musgo que había detrás, a orillas del arroyo. Apenas llegaron allí, la tierra empezó a temblar otra vez.

Un tronar terriblemente fuerte llenó el aire, y cuando los topos se volvieron para mirar, casi se les paró el corazón. ¡Un potente alud de tierra y lodo se desplomó montaña abajo! Arrastró tras sí piedras, trozos de roca y árboles; las masas de tierra se precipitaron tronando, retumbando y haciéndose pedazos sobre su querido prado. Y no quedó piedra sobre piedra. Era terrible ver aquello. El alud de lodo avanzó a una velocidad cada vez menor, pero no se detuvo hasta llegar muy abajo, donde empezaba el bosque de coníferas. Después, todo quedó en calma.

Tillo se echó a llorar. También los otros topos sentían deseos de hacerlo. Todavía seguían sin poder entender lo que había ocurrido allí en los últimos minutos. Del prado no se veía ya nada. En su lugar había un fangoso y desierto campo de ruinas. Olaf fue el primero que recuperó el habla.

-Esto era lo que todos presentíamos esta mañana -dijo-. Pero aún seguimos con vida y eso es lo más importante. Está claro que aquí ya no podemos continuar. Buscaremos otro prado, el más hermoso de todos. Tan cierto como que me llamo Olaf.

ERWIN MOSER

Las tres pequeñas lechuzas y otras siete historias (Adaptación)

1. Completa con el nombre del personaje correspondiente.

- _____ salió malhumorado de su dormitorio.
- _____ era el vecino de Benni.
- _____ ordenó a los topos salir de las madrigueras.
- _____ se echó a llorar después del alud.

2. Inventa una cronología en la que se enumeren los hechos que precedieron al alud.

Puedes empezar así ^>

':30—► El topo Benni se despierta.

':35—► Benni saluda a Jeppe.

':45—► _____

3. Escribe V (verdadero) o F (falso).

- Olaf se mostró pesimista.
- Tillo se mostró intrépido.
- Benni se mostró optimista.
- Los topos eran poco comunicativos.
- Olaf era el topo más inteligente.
- Los topos eran buenos vecinos.

4. ¿Qué reacción ante la desgracia te parece mejor, la de Tillo o la de Olaf? Explica tu opinión por escrito.

PALABRAS DERIVADAS

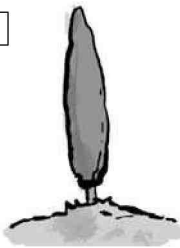
5. En ocasiones, el sufijo **-era** indica lugar.

Completa utilizando palabras derivadas en **-era**.

- El lugar donde viven los **topos** es la *topera*.
- El lugar donde viven los **osos** es la _____
- El lugar donde se encierra a los **leones** es la _____
- El lugar donde viven los **perros** es la _____
- El lugar donde viven los **ratones** es la _____

USO DEL DICCIONARIO

6. Consulta tu diccionario y marca los árboles que son *coníferas*.



PINO



NARANJO



CIPRES

■ Escribe una oración con cada nombre de árbol que pertenece a la familia de las coníferas.

PRECISIÓN

7. Sustituye el verbo *pegar* por otro que sea más preciso.

- prender
- coser
- contagiar
- golpear
- Un delincuente **pegó** fuego al bosque.
- La piedra **pegó** en el cristal y lo rompió.
- Le **han pegado** un resfriado al niño.
- ¿Me **pegas** este botón?

UN NEGOCIO RUINOSO

No hace mucho tiempo, vivía en Tánger un humilde zapatero remendón que tenía un canario. Un día, mientras estaba remendando zapatos, un viejo peregrino oyó el canto del pájaro y quedó fascinado. Se quedó más de una hora mirándolo fijamente, con los ojos y la boca muy abiertos, y luego empezó a suplicar al zapatero que se lo vendiese, cosa que este no estaba dispuesto a hacer porque tenía cariño al pájaro. Pero el peregrino insistió tanto que, al final, el zapatero aceptó vendérselo por veinte monedas.

El peregrino era pobre, y veinte monedas era un precio muy elevado para un canario; pero, aun así, reunió el dinero, compró el pájaro y se marchó.

Pasaron tres días, y el peregrino volvió con el canario.

-Devuélveme mis monedas y toma tu pájaro.

El zapatero se enfadó mucho al oír aquello.

-Yo no quería vendértelo. Fuiste tú quien insistió en comprarlo. Y ahora vienes a molestarme otra vez. ¿Qué derecho tienes a hacer eso?

-El pájaro no canta -le respondió el peregrino-. Desde que me lo llevé a casa, se ha quedado posado en su jaula y no le he oído cantar ni una sola vez.

-Me es igual -dijo el zapatero-. En el trato que hicimos no pusimos como condición que el pájaro cantase. Y te repito que yo no quería vendértelo. Así que... lárgate.

Entonces el peregrino empezó a dar voces, y se formó un corro de espectadores que querían saber cuál era el problema. Los dos interesados contaron su historia y en parte porque el peregrino era mayor y parecía muy furioso, y en parte porque los buenos musulmanes tienen debilidad por los hombres santos, todos se pusieron en contra del zapatero.

-¿No te da vergüenza? -le dijeron-. Devuélvele a este pobre hombre sus veinte monedas y quédate con tu pájaro.

Y así lo hizo: le dio al peregrino sus veinte monedas, con la esperanza de que lo dejara tranquilo.

-Un momento -dijo el peregrino-. Le he dado de comer a este pájaro inútil durante tres días. Es justo, pues, que me pagues las semillas que se ha comido.



Al oír esto, el zapatero se puso más que furioso. Había deshecho el trato por pura amabilidad y ahora el viejo quería que le pagase el importe de las semillas. Eso, dijo, no lo haría jamás, aunque le cortasen la cabeza o lo arrastrasen desnudo por las calles de Tánger. Pero el viejo peregrino se puso todavía más furioso, llamó a la guardia e hizo llevar al zapatero a rastras ante el Pachá.

-Este no es caso para que lo juzgue yo -dijo el Pachá tras haberle escuchado-, sino el Juez Supremo de todos los casos de Pacotilla.

Así pues, la guardia se hizo cargo de los dos litigantes y los condujo hasta la casa del juez.

El juez los escuchó con mucha atención, y no le quedó ninguna duda de que hablaban completamente en serio. Luego dictó sentencia.

-Es evidente que el peregrino está en su derecho -le dijo al zapatero-, así que debes liquidar la deuda que tienes con él por los tres días que ha dado de comer a tu canario. Pero hay algo en tu contra -añadió al tiempo que se volvía hacia el triunfante peregrino-. Durante tres días este zapatero se ha quedado sin el canto de su pájaro, y debes resarcirle. Por tanto, te condeno a pasar tres días dentro de una jaula en el taller del zapatero y a cantar para él tan bien como lo hace su pájaro.

Entonces llamó a sus guardias, como si tuviera que decirles algo importante, dejando al peregrino sin vigilancia. Y no hace falta decir que, cuando miraron, el peregrino había desaparecido; y ya nunca volvió a molestar a nadie en Tánger.

RICHARD HUGHES *En el regazo del Atlas*
(Adaptación)

1. Responde.

- ¿Quién compró el canario?
- ¿Quién dictó sentencia?
- ¿Cuándo huyó el peregrino?
- ¿En qué ciudad se sitúa la historia?

2. Ordena estos hechos tal como sucedieron:

- El zapatero devolvió el dinero.
- El peregrino llamó a la guardia.
- El zapatero se negó a pagar.
- El peregrino pidió el importe de las semillas.
- El Pachá no quiso juzgar al zapatero.
- El peregrino reclamó sus monedas.

3. Marca en cada caso la respuesta correcta:

- ¿Por qué el Pachá no quiso juzgar el caso del canario?
 - Porque estaba ocupado.
 - Porque era un caso difícil.
 - Porque era un caso intrascendente.
- ¿Qué conclusión puede extraerse de la lectura «Un negocio ruinoso»?
 - Que nunca hay que fiarse de los peregrinos.
 - Que las situaciones desagradables pueden resolverse con humor e inteligencia.
 - Que los jueces árabes ayudan a escapar a los delincuentes.

4. ¿Qué personaje de la lectura te parece más simpático? ¿Por qué motivos?

5. ¿Qué animal te gustaría tener en tu casa? Explica por qué has elegido ese animal.

HOMÓFONOS

6. Observa.

deshacer → deshecho

desechar → desecho

■ Completa las siguientes oraciones con las palabras **deshecho** o **desecho**:

- El zapatero había _____ el trato por amabilidad.
- La fábrica se deshizo de todas las piezas de _____.

TRANSFORMACIONES

7. Escribe un verbo equivalente a cada expresión.

- dar voces → *vocear*
- dar coces → _____
- dar golpes → _____
- dar sombra ►
- dar paseos ►
- dar vítores ►

■ Escribe seis oraciones en las que aparezcan los verbos que has escrito.

SINÓNIMOS

8. Sustituye los verbos destacados por otros que signifiquen lo mismo.

- liquidar
- litigar
- persuadir
- resarcir
- El peregrino **convenció** al zapatero.
- El zapatero debía **pagar** su deuda.
- El peregrino debía **compensar** al zapatero.
- Las dos partes dejaron de **pleitear**.

